

Comentario a un libro histórico

La mujer en el siglo XX



Rosa Chacel

¿C UANDO se puede llamar histórico un libro?... Principalmente en dos ocasiones o cualificaciones, pues sólo una de ellas es temporal, la que lo define como relato de cosas pasadas, reales, verdaderas y memorables. La segunda, cualificativa, es la que lo designa como compendio de hechos o ideas hondamente entrañadas en un tiempo. Si éste es el presente, los hechos mostrados tendrán que ser los que afecten tan directamente al hombre que sean vividos como se vive lo inolvidable, lo memorable, en fin. Si además el libro, en su título, lleva una fecha como cimiento de todo el edificio, no cabe duda de que podemos considerarle libro histórico. Así, LA MUJER EN EL SIGLO XX, de Julián Marías.

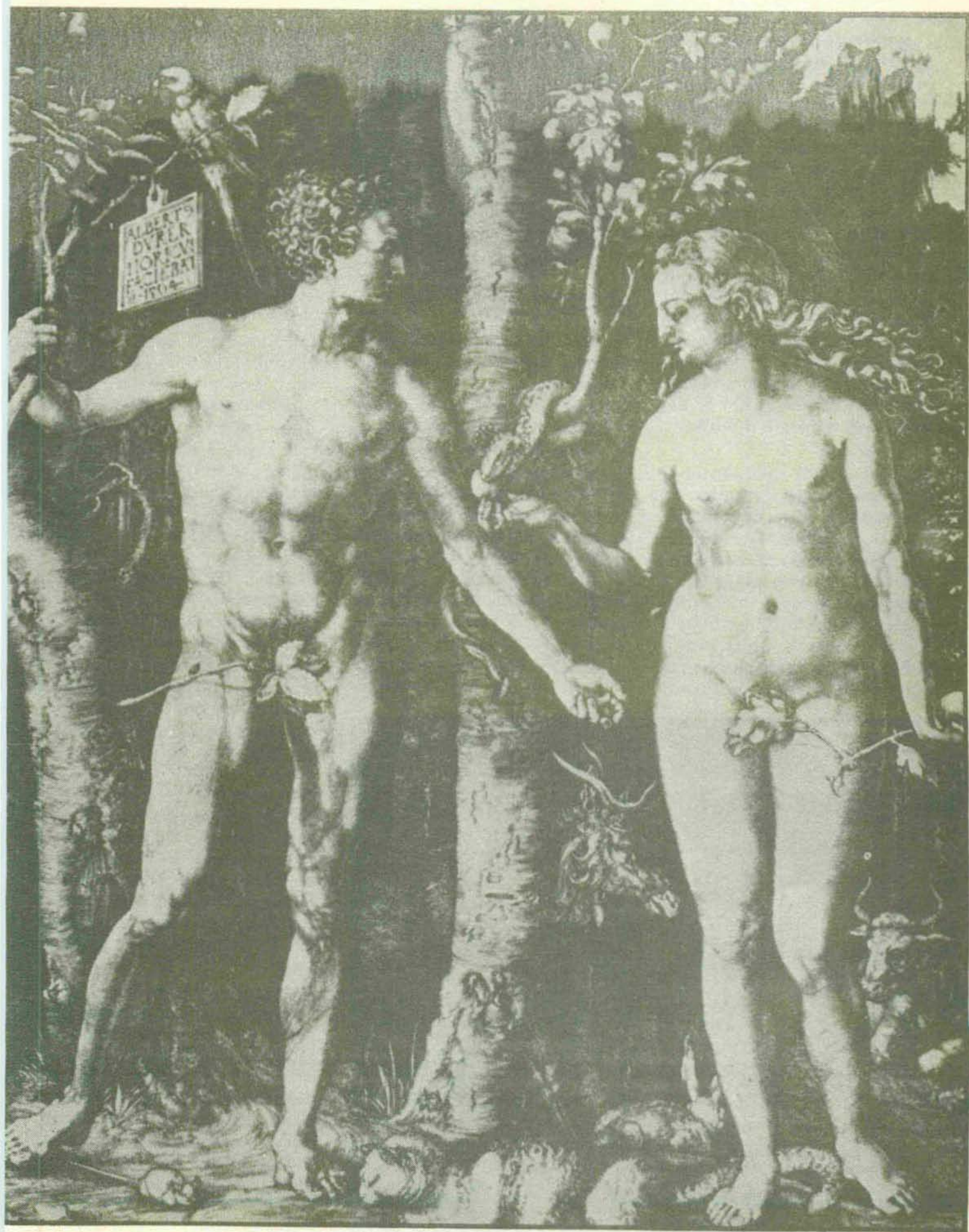
ME detengo un instante en esta aclaración porque al haber sido invitada a colaborar en TIEMPO DE HISTORIA, y lamentando no poder aportar algún testimonio o informe sobre personajes célebres o grandes hechos, prometí hablar de LA MUJER, fenómeno que a la vista está en todos los tiempos. Y sucedió que, nada más formulada mi promesa, puso en mis manos Julián Marías su libro sobre la mujer... La densidad e importancia del texto me hizo verle como sujeto adecuado a mi artículo y, sobre todo, imprescindible. No podía ponerme a hablar ahora, en este momento, de tal tema sin aludirle y no quería —ni podía, por ser imposible señalar en él algo parcial— hacer un breve elogio, de pasada. Así pues, fu-

turizando su historicidad, opto por hacer sobre él un mero comentario porque una crítica o exégesis requeriría un estudio riguroso, que no haré —sin achacarlo a falta de espacio— porque me interesa señalar un par de puntos esenciales, más que reseñarlo: extractarlo no me parece factible. En su hechura no falta nada de lo que suele componer un libro magistral. No falta nada, pero hay otras muchas cosas que no sobran, sino que le enriquecen con especial intrínquilis. Dos principalmente, entre esas muchas cosas, son las que admiten comentario y suscitan... no diré discusión o polémica, pero sí enfoques más o menos antagónicos, quiero decir distantes, en perspectivas de gran lejanía, aunque pendientes todas ellas de la imagen buscada, pro-

puesta, supuesta, imaginada o mostrada en su verdad LA MUJER EN EL SIGLO XX.

En vista de todo esto, mi comentario, muy lejos del análisis sistemático que haría algún estudioso, tendrá el acento —la voz misma— del sujeto estudiado: algo así como cuando el modelo salta de la tarima y discute la obra del pintor.

El que escribe o más bien el que piensa con imágenes queda a veces encadenado a su lógica; no puede salir de su consecuencia por la sencilla razón de que la consecuencia existe: la imagen no se queda en mera función ornamental, sino que sigue hablando de sus cosas, de toda su parentela. El símil del modelo que critica al pintor es bastante exacto por-



que representa la crítica del que, carente del *metier* —y de intereses extrapictóricos como triunfo, etc.— busca en la representación de su figura la revelación de su fondo; espera ver la huella de lo que pasaba por su mente —por su alma— mientras conservaba la pose debida... No sé qué será mejor: liberarme de esta cadena imaginaria o seguir sus consecuencias hasta agotarlas. Si optase por lo último, tendría que sacar de esos términos genéricos al **pintor** y al **modelo**, tendría que darles su carácter y consistencia personal, recalcar que hablo de **éstos** y no de **otros**: lo intentaré.

Aquí el pintor —el autor— pertenece, como es sabido, a una escuela, pero no abordemos lo que, además de sabido, nos detendría en características formales, no: hablemos como cuando se habla de la gente, opinando sin ambages. Digamos que el autor, Julián Marías, se caracteriza por ser hombre de perfección moral



Julián Marías
(foto de Ramón Rodríguez).

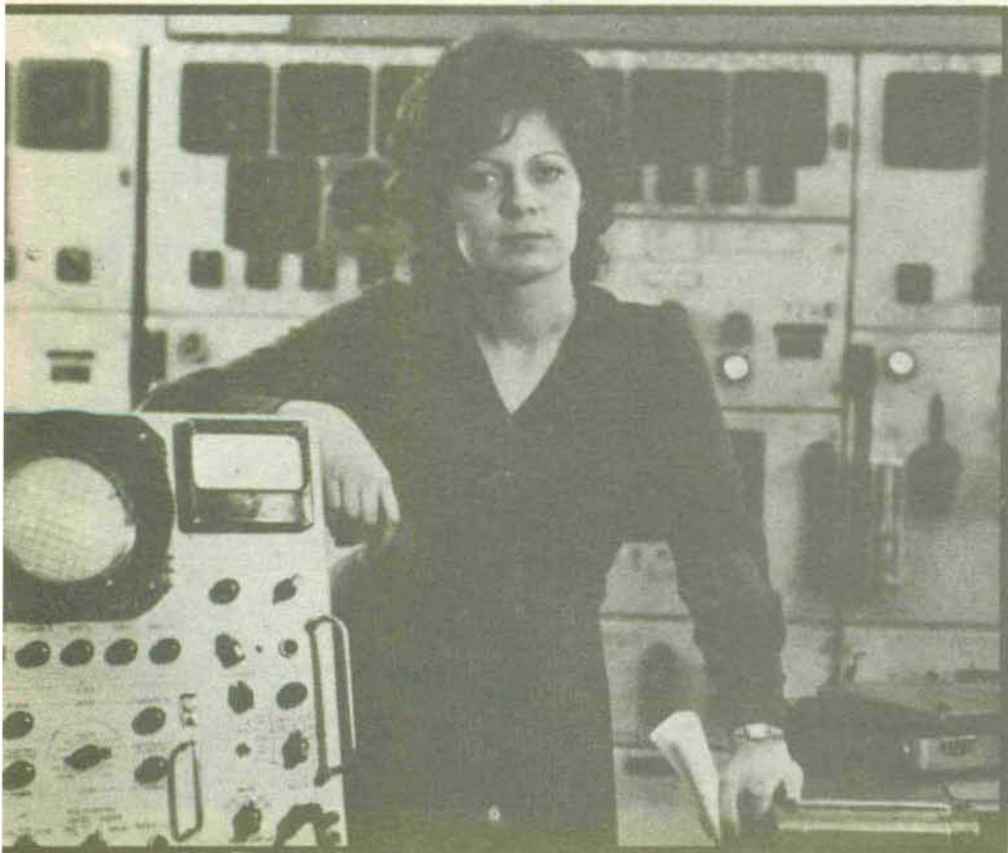
como hay pocos —por aquí, por ahí, por allá— que su sentido de la justicia, su supervaloración de la libertad, su ilimitada tolerancia, le hacen ver la vida actual, las nuevas generaciones con una limpidez de juicio absoluta, pero... su tolerancia no implica asentimiento, Julián Marías comprende nítidamente la vida de la juventud actual, pero no siente con ella, no se siente incluido en su crisis o pataleo agónico... El modelo, pues —yo al fin mujer—, tengo que caracterizarme por la intole-

rancia, por bastante amor a la justicia y un hábito integral de libertad. Lo único que me opone a la visión representada en el libro es que la censura que no podré disimular respecto a mi época es autocensura, porque yo asiento a ella, sus pecados y defectos son los míos, yo le **pertenezco**, yo estoy —¡no comprometida, no!— identificada a causa de un fenómeno temporal bastante insólito, que me autoriza a estas disquisiciones.

Después de mi largo exilio, en el que conservé con obstinación, intocado, el espíritu de mis primeros años, al recobrar España he encontrado una especie de reproducción de aquel momento, algo así como un prurito no acallado: no acallable por no ser comezón superficial, sino pugna germinal de lo que quiere salir a la luz... La contemplación de ese movimiento pueril —pueril no quiere decir minúsculo, sino parvular— es lo que me ha llevado a identificarme con él, a sentir que le **pertenezco**... ¿Absurda pertenencia, con cuarenta años de intervalo?... No hay nada absurdo en ello porque —harto he dicho en otra ocasión— son los padres los que **pertenecen** a los hijos, y no los hijos a los padres. Por lo tanto, mi identificación con la juventud actual es un fenómeno de maternidad... y de paternidad —también de esto ya he hablado— nunca bastante.

Temo que resulte largo éste preámbulo, pero aunque parezca que tardo en entrar en materia, la verdad del caso es que ya he entrado. Entré desde el primer párrafo señalando que habrá oposición y por qué la habrá. Sólo me queda, pues, instalarme en mi punto de vista y proceder a ir señalando lo que veo desde aquí.

Hay en este libro un recuento



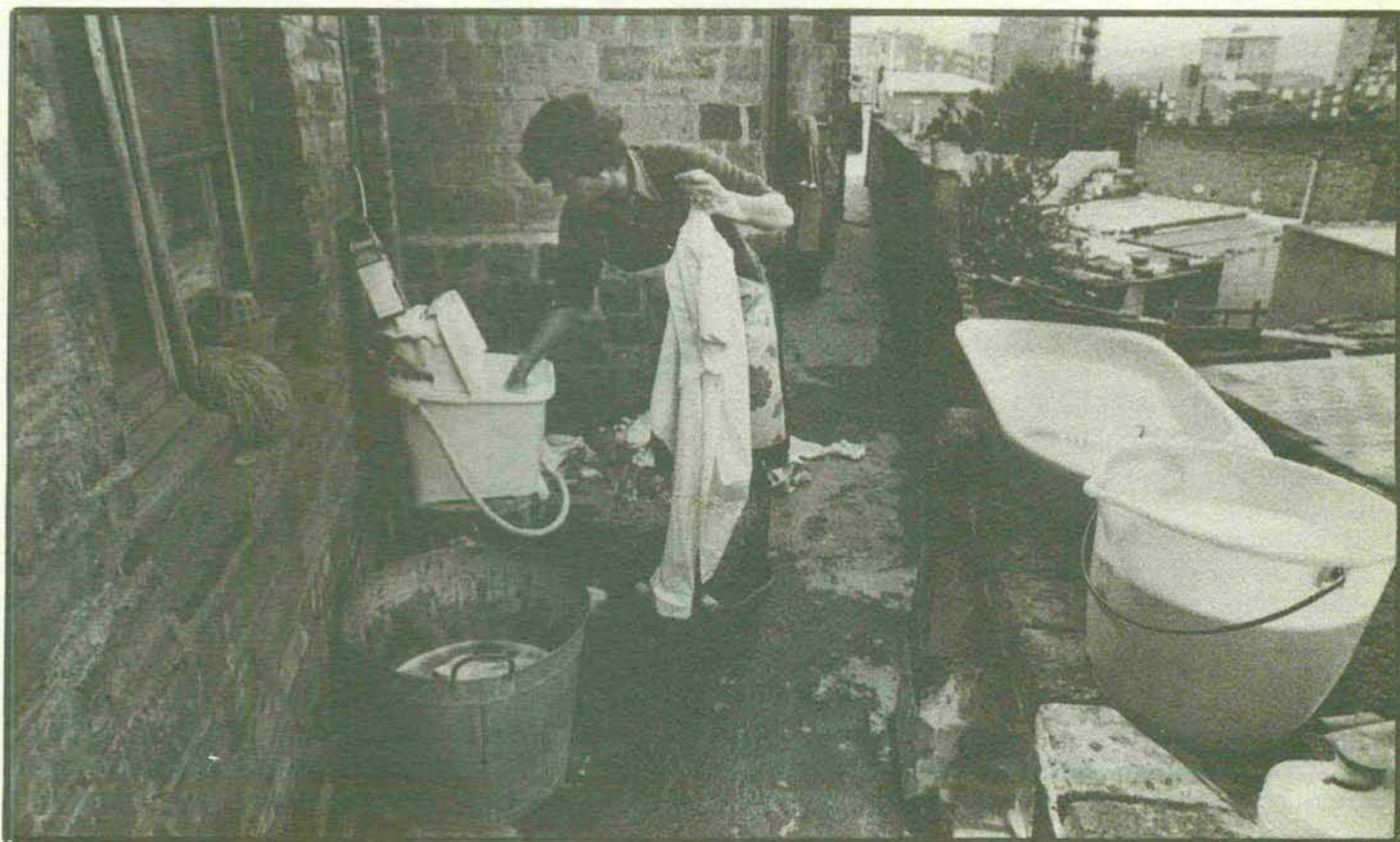
impecable de los avatares históricos de la mujer en su vida social, intelectual, laboral, jurídica, etc. No hay nada que discutir a este respecto. En el primer párrafo del prólogo, Mariás alude a su libro, **Antropología metafísica**, que considera el primer libro filosófico en que se tiene en cuenta «el hecho de que en el mundo no hay solamente hombres, sino también mujeres, de que la vida humana se realiza en dos formas inseparables pero irreductibles: varón y mujer». Seguidamente comienza a anotar la frecuencia con que se habla de «la crisis de la mujer en el siglo XX» y se detiene a esclarecer lo que quiere decir «crisis», recalcando la conveniencia de esclarecer igualmente lo que quiere decir «mujer». Nada más evidente que la urgencia de esos dos esclarecimientos. Define la idea de «crisis» primeramente como **desorientación** que, a partir de Ortega, se expresa con la fórmula coloquial, «no saber a qué atener-

se», y sigue hasta señalar lo que puede llamarse crisis histórica, cuando ésta atañe a toda una sociedad, cuando colectivamente se dice: «no sabemos qué pensar y entonces nos preguntamos: de qué se trata, qué es esto, qué podemos hacer, qué tenemos que hacer». Yendo al grano, sigue:

«En el siglo XX, la mujer se pregunta por sí misma. Se dirá: ¿antes no? ¿Es que la mujer no se ha preguntado por sí misma? No en el mismo grado, no con la misma frecuencia e intensidad. Cada mujer —como cada hombre— se pregunta por sí misma. (...) Pero normalmente las mujeres se preguntaban cada cual por sí misma; en otras épocas se daba por supuesto qué es ser mujer; las mujeres creían saber lo que es mujer (o lo que debe ser). Entonces les era cuestión su propia realidad personal o su figura, el grado de aproximación con que podían acercarse a lo que parecía una forma valiosa de mujer, es decir, un modelo. (...)

Hoy no lo es en modo alguno (...) Pero esta cuestión de la mujer, esta pregunta de la mujer no es exclusiva de ella, porque el **hombre está referido a la mujer**, en eso consiste ser hombre, lo mismo que ser mujer consiste en estar referida al varón. (...) ...imagínese la perplejidad que supone para el hombre habérselas con la mujer cuando ésta no está en claro respecto a sí misma. (...) No digo que nuestra situación sea única en la historia; pero probablemente nunca ha tenido la extensión y la amplitud que ahora tiene». Con estas líneas resumo varias páginas de exposición detallada y certera. Me detengo en esta frase porque yo me atrevo a sostener que **nuestra situación es única**. Nunca jamás se dio nada parecido porque no se podía dar. Nunca jamás ni la mujer ni el hombre afrontaron una situación semejante. Demostrarlo es la finalidad de estas páginas.

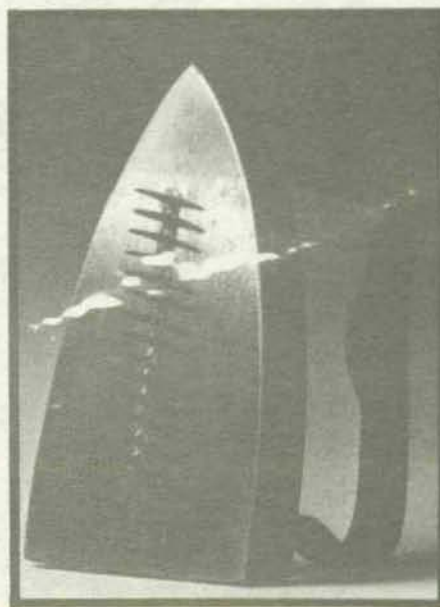
La exposición de los hechos históricos se continúa, yendo



hacia el núcleo fundamental. «Suele pensarse que la mujer es una realidad natural, o que existen mujeres en la naturaleza, como hay hombres. Se piensa primeramente en la condición biológica. Hay una diferencia anatómica y fisiológica entre hombres y mujeres. Cuando nace un niño, después de una inspección ocular, se exclama "Es un niño" o "Es una niña", y sigue: Parece que esto es lo sustancial primario, fundamental. Sí, esto es hasta cierto punto cierto; no creo que sea lo más decisivo. Pues bien, la mujer en el siglo XIX ha cambiado profundamente desde el punto de vista biológico. Nada menos. **La condición biológica de la mujer ha cambiado decisivamente en el siglo XIX**».

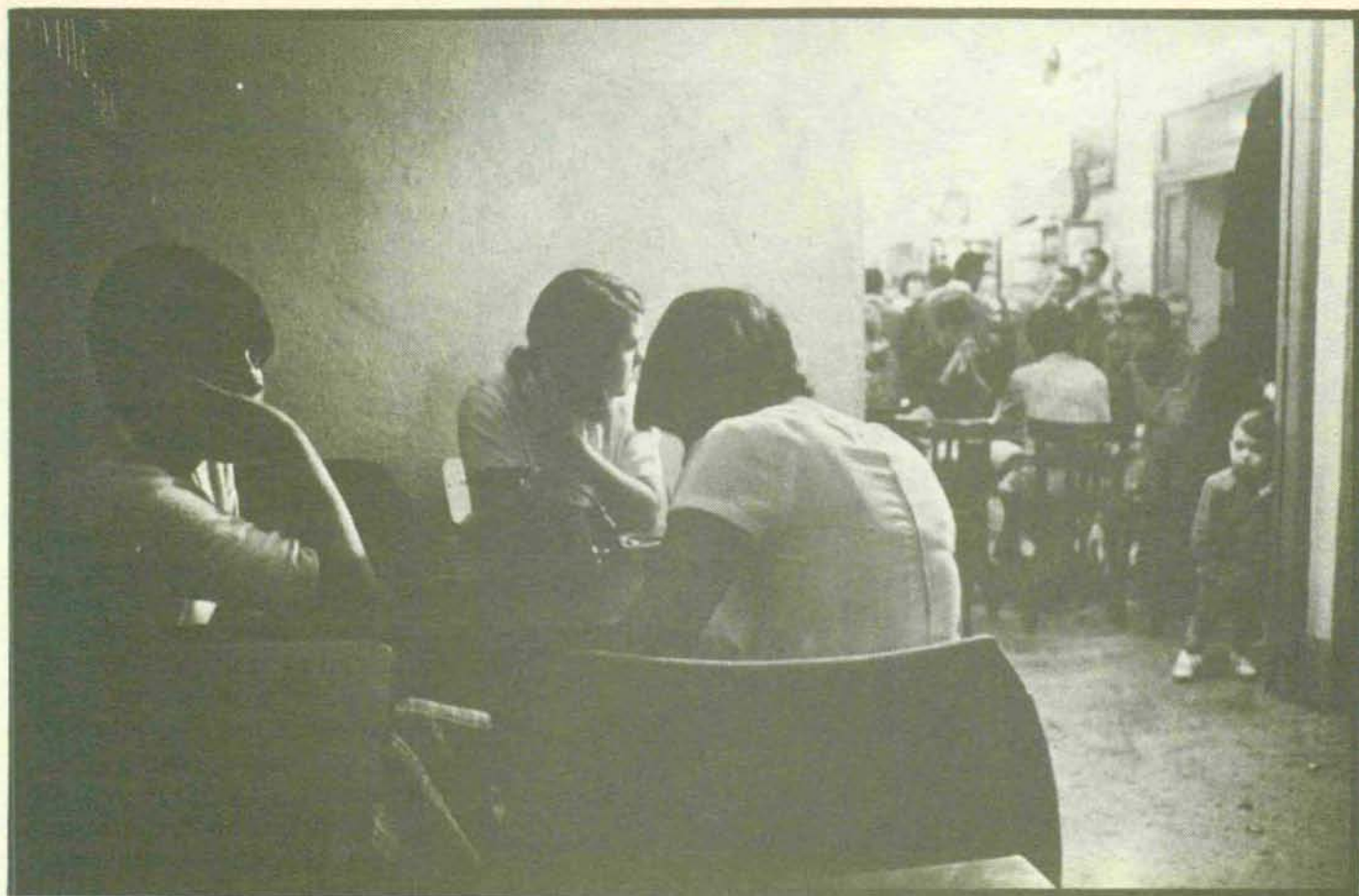
En estas líneas subrayadas empieza a formularse lo más sólido del libro, lo que alcanza en él una exposición completa e incontestable. Hay que recibirla con atención extremada, pero sin olvidar que muy poco antes ha dicho que de las diferencias anatómicas que hacen de uno un niño y de otra una niña se derivan innumerables consecuencias y que «esto es hasta cierto punto cierto; no creo que sea lo más importante, pero es decisivo». Y no sigue exponiendo el cambio de la condición biológica de la mujer porque acomete el cambio biológico general deteniéndose en una de las manifestaciones más visibles, de hecho, pero no **la más única de nuestra época**: la disociación entre la sexualidad y la reproducción, que considera hecho histórico capital. «Este es un hecho de enorme volumen, cuyas consecuencias no hemos acabado de digerir —temo que ni siquiera hemos empezado— el hombre y la mujer viven inmersos en un sistema de supuestos que han asociado milenariamente la sexualidad y la reproducción.

Pues bien, en este siglo y no antes ambas cosas están disociadas. No digo que sean independientes; digo solamente que están **disociadas**. Esto es un cambio **biológico**, estrictamente biológico, absolutamente fundamental y de imprevisibles consecuencias». Sigue ciñéndose al hecho: «Pero resulta que ese cambio biológico no es biológico. Quiero decir que no es por motivos biológicos; no es que se haya producido una mutación biológica; no ha habido un proceso natural que haya alterado la constitución biológica de la especie humana. (...) El origen de ese cambio biológico está en la psicología, en la sociología, en la estética, en la moral, en la religión, en la ciencia. Es decir, en aquello que el hombre tiene de **no biológico**; en lo que tiene de **biográfico**; social, histórico, estrictamente personal. (...) La falta de claridad sobre este punto impide entender nada. Si se niega o se oculta el carácter biológico de esa disociación, no se comprende de qué se trata; si se interpreta en términos de "conducta", no se entiende, porque tiene una repercusión estrictamente biológica. Pero si se trata de entenderlo biológicamente, de derivarlo de la biología y no



del carácter **historicosocial**, es **incomprensible**. La biología no ha tenido nada que ver en este proceso que ha llevado a un cambio biológico fundamental». Termina este párrafo con unas líneas decisivas: «Las cosas, como se ve, son un poco más complicadas de lo que parece, pero únicamente se entienden cuando se les da su complejidad. La voluntad de simplificación impide entender la realidad. Si la realidad es compleja, la única manera de entenderla es reconocer su complejidad, no omitirla».

Repito que la exposición de este fenómeno —o hecho histórico— va en seis páginas sumamente matizadas, podría decir trabajadas a conciencia. El propósito de claridad y derechura hacia lo que importa es impecablemente seguido y el lector experimenta la anticipada gratitud que suscita toda promesa. El enfoque es tan perfecto que se tiene la seguridad de ir a llegar a algún sitio, de encontrar el lugar en que todos esos elementos **psicosociológicos**, **éticoestéticos**, **religiosocientíficos** inciden en lo biológico de nuestro mundo, de nuestra biografía... Pero el libro no sigue de modo inmediato por ese camino. He transcrito largos párrafos concernientes al tema que considero más importante —más, mucho más que cualquier otro— y claro está que el tema no desaparece del resto del libro; no, pero queda a lo largo de todo él aludido de cuando en cuando: dado por supuesto como algo con lo que se cuenta. Es como si al tema se le asignase hoy día el lugar que antes ocupaba la seguridad sobre lo que es ser mujer, por ejemplo. Y sí, ese lugar le corresponde, si nos paramos a considerarlo, pero si lo que pretendemos es desentrañarlo, no basta con eso. Hay que seguir derecho,



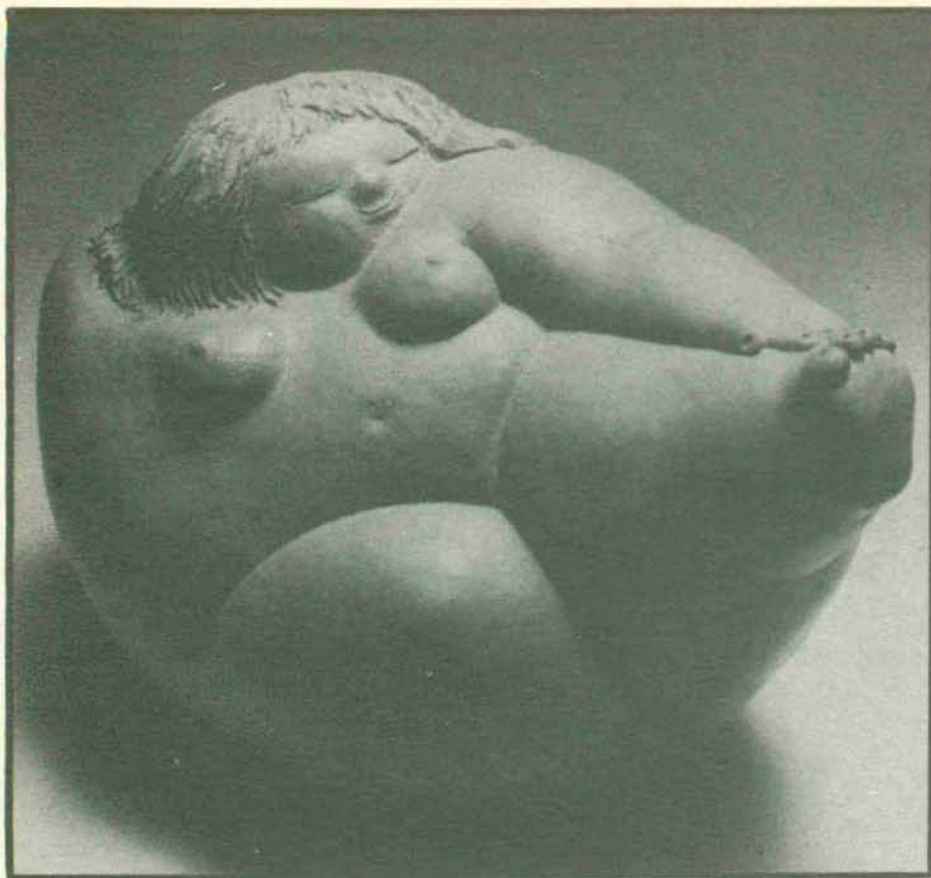
no confundirlo ni equiparlo con «ráfagas» —digamos, por decirlo de algún modo—, ráfagas históricas, corrientes que, teniendo origen, motor y esencia en la mente humana, condicionan, moldean y transforman la vida de los pueblos. No hay que equiparlo con otra ninguna de las ráfagas pasadas, vividas, sufridas por el hombre: esta es única en su género.

Ya he indicado hace poco la extrañeza que me causa la frase de Marías en que, respecto a las diferencias anatómicas del **niño** y la **niña**, añade: «Sí, esto es hasta cierto punto cierto; no creo que sea lo más decisivo». Y me extraña porque veo que, en su inmensurable tolerancia, no acusa a la mujer de lo más escandaloso que mantiene afinado en su presente: la incompreensión de su historia. Más exacto es decir de **la historia** porque esto es lo que hace falta que la mujer entienda,

que la historia es su historia. Comprendo la satisfacción que Marías experimenta ante su libro **Antropología metafísica**, considerándole «el primer libro filosófico en que se toma en cuenta en serio, y con consecuencias, el hecho de que en el mundo no hay solamente hombres, sino también mujeres, de que la vida humana se realiza en dos formas inseparables pero irreductibles: varón y mujer». El mérito de la primacía que cabe al libro está en ser el primero que plantea el problema suscitado por la agónica disociación que vive nuestro tiempo —hace tiempo—. En cuanto a libros filosóficos que cuentan con esos dos ejemplares de humanidad, yo creo que empezando por el **Génesis** se puede seguir la historia de la filosofía, la literatura, etcétera... Si, como es sabido, las leyes que esclavizaron a la mujer durante siglos fueron escritas, y cumplidas, no es dudoso

que los hombres que las escribieron —pues esto sí es cierto, las escribieron los hombres— contaban a todas horas con la existencia de unos seres humanos que no eran hombres y que tenían con ellos ¡tales, tan enormes, tan fundamentales e inequívocas, deseables y temibles relaciones!... que tenían que aguzar cláusulas en las leyes para no dejar que ellas anduviesen sueltas, para que no fuesen jamás ignoradas en sus posibles desmanes... Los desmanes es lo que se suele legislar... ¿Puede darse un texto más igualitario, más cobijador de hombres y mujeres que el **Decálogo**?...

En este libro las mujeres actuales encontrarán un derroche de generosidad varonil, una actitud del autor en la que la **atención intelectual** —en tanto que atención, reconocimiento— de cuño muy siglo XX, al mismo tiempo que —tendré que decirlo rubenianamente, «y muy antiguo y



muy moderno»—... una corte-sía, seductora tal vez para las menos espartanas. Pero respecto a explicación de por qué las cosas fueron como fueron, no, no hay explicación.

Sensata y progresivamente, rigurosa y magistralmente, el libro avanza hacia nuestros días y se detiene, con cierta morosidad, en recalcar la época que califica de victoriana... Digo que la califica así porque ni el término ni su sentido real fueron jamás vivencias de nuestro pueblo. De más está decir que esta palabra, pueblo, alude aquí a la totalidad de los humanos que corretean por la comarca que nos corresponde geográficamente —delimitada por tan altas murallas—. En fin, las **maneras** que definen esa época no han sido las que rigieron aquí la conducta, la moral más exactamente. El pueblo ibérico no ha brillado por sus maneras después de extinguido su esplendor imperial —léase su esplendor cultural—. Y, sin embargo, es-

tán en crisis los dos sexos —más desesperado el hombre, más atolondrada la mujer—. Por esto creo que el primer paso hacia la claridad es empezar por el principio. En la página 14 el autor afirma: «Nunca he creído que la vida humana se aclare por lo primitivo y elemental o por lo anormal; es una manía de sociólogos, etnólogos y antropólogos explicar lo complejo por lo simple, las formas saturadas de la vida por las formas primitivas. (...) Nunca he creído que el primitivismo pueda ser lo normal, más bien lo contrario: es un grado deficiente, coactivo, hacia la forma normal plena. O bien es una degeneración, una involución». Nada más exacto. El rechazo del primitivismo como ejemplaridad de cultura... es cosa de la que ya he hablado largamente, pero ¿quién puede saberlo?... Nada más trivial que la contemplación de esos tanteos cuyas circunstancias vivenciales nos son completamente ajenas.

Pero si admitimos —digo el autor, y *entonces* tengo que decir si **descubrimos** porque nadie lo expuso con más evidente novedad— que el hecho biológico que nos aqueja no es debido a mutación biológica alguna de la especie humana, conviene que miremos, contemplemos, consideremos lo primario actual vivo, presente en su actualidad inmarcesible. Conviene que pensemos el principio de la **forma normal plena**, dando por sentado, sabido y sobre todo sentido que esta plenitud que hoy vemos cara a cara mantiene su fórmula germinal, estructurada empíricamente sobre sus propios datos: los propósitos **no biológicos**, que fueron desde un principio su esencial e inmediata circunstancia. A mi modo de ver esto es lo primero que tiene que entender la mujer —y el hombre, claro está, pues harto ha demostrado que no lo ha entendido del todo: si así no fuera, si el hombre hubiera entendido el caso hasta el fondo, ya se lo habría hecho saber a la mujer—. Quiero decir que la mujer lo habría barruntado por simpatía, pues siempre —hasta hace poco— la mujer asimiló todos los saberes que la hicieron ser como era, cuando era de un modo claro... ¿Podría vivir en la duda la mujer si no fuera porque respira la duda que asfixia al hombre de hoy?... La duda no se puede recomponer: la singularidad de nuestra época sólo es comparable con la del principio de nuestra era, en la que lo **no biológico** del hombre sufrió la mutación de una fe. Si algo semejante no se llega a producir en nuestros días podemos —entre tanto— mirar nuestros principios —los nuestros, digo, los de esta cultura que es lo único que conocemos, sin distraernos en lo desconocido—, que no significa desestimarlos, sino tener la medida de su im-

posible abordaje, porque sólo desde el principio se puede llegar, con conciencia, hasta el final, remontarnos hasta nuestros principios es conservar vitalmente lo que siempre fue y sigue siendo porque no puede ser de otro modo.

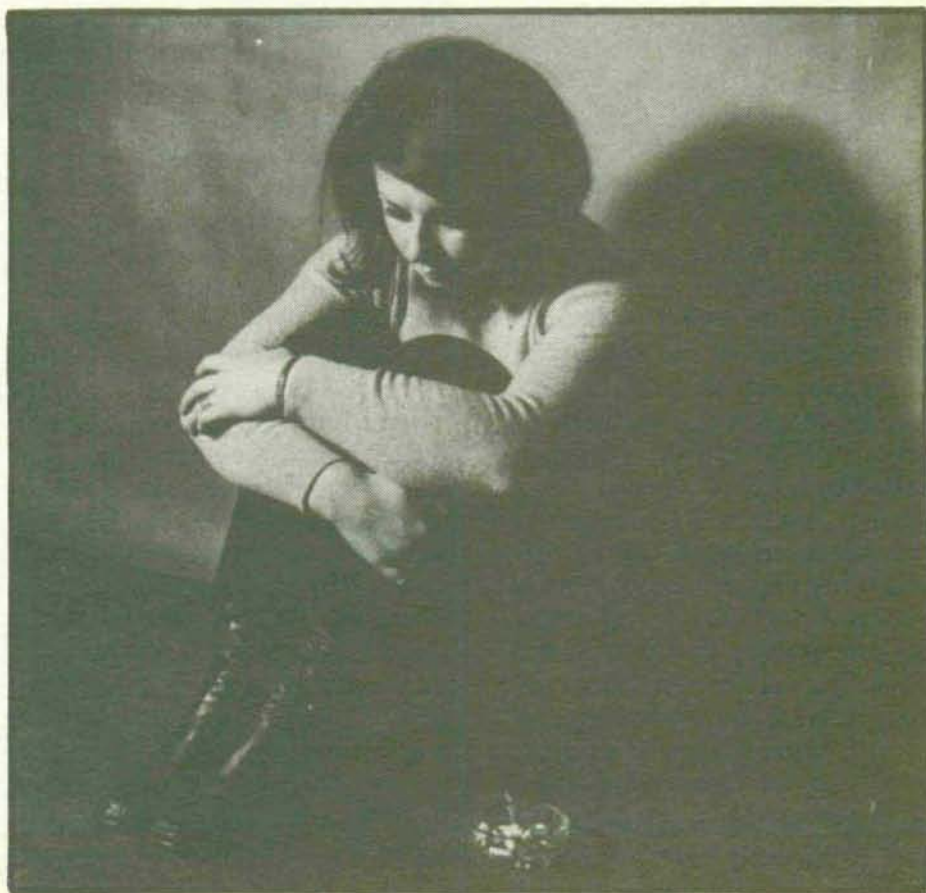
Pero vayamos por partes. Nada más dejar sentado que «La condición biológica de la mujer ha cambiado decisivamente en el siglo XX», Marías pasa a exponer que «Ha acontecido un hecho histórico capital: la disociación entre la reproducción y la sexualidad. (...) El hombre y la mujer viven inmersos en un sistema de supuestos que han asociado milenariamente la sexualidad y la reproducción. Pues bien, en este siglo **y no en otro** (subrayo) ambas cosas están disociadas». Me extraña esta afirmación, «y no en otro» porque podemos ver claramente en el Antiguo Testamento que al borde del camino se encontraban las ramerías, con las que cualquiera podía **echarse**; hecho continuado a través de los siglos, en todos los caminos. Aludo al Antiguo Testamento no sólo porque la sabiduría hebrea cuenta indefectiblemente en los cimientos de nuestra cultura, sino porque en ella se encuentra la mayor, la más firme y positiva razón para valorar ante todo la reproducción. La base del sentido patriarcal ¿es hebrea?... Si lo es, no falta ni en Grecia ni en Roma... La base se funda en los primeros **datos inmediatos**, porque es harto patente que la primera relación que tuvo que establecerse entre los dos seres humanos —relación, dato, hecho biológico anterior a cualquiera de estas nociones— **lo primero** —empleemos nuestro artículo neutro, tan puramente abstracto que nos permite no decir **la chose**—, **LO primero**, asociémoslo con el FIAT, porque como ac-

to, no vemos cómo se hizo, y, sin embargo, sabemos que se hizo...

En fin, la primera relación —acto conjunto— del hombre y la mujer es la generación. Como ya hemos dicho que no recurriremos a interpretaciones primitivas, no nos detendremos a saber si unos estimaron mucho el valor de su prole y otros no la estimaron nada. Esto no tiene importancia: lo demostrado por los hechos es que el hombre quiso ser dueño y señor de su prole. ¿Guiado por un tierno amor paternal o por un deseo de mando y de capitalización?... Da lo mismo, fuere por lo que fuere, el hombre quiso saber que sus hijos eran suyos y ¿qué medio emplear para saberlo?... Para **saberlo** ninguno, pero para prevenirlo, para tener cierta probabilidad de estar seguro... solamente amedrentar a la mujer con todo género de cadenas. Empezando por el palo y llegando a la moral y la religión—sin que

esto excluyese el palo, en todos los casos—. Pero todavía tenemos que detallar más lo de los **datos inmediatos**. En la página 38, hablando ya de la vigencia «parcialmente religiosa, parcialmente moral, a veces sólo social que llevaba al mantenimiento de la virginidad y la castidad prematrimonial en las mujeres», sigue: «Ahora bien, ¿no resultará que esto reflejaba con bastante precisión el hecho importante del despertar relativamente tardío de los impulsos estrictamente sexuales de la mujer?». Sólo con un punto y seguido añade otra pregunta: «¿Y si fuera a resultar que en las mujeres lo específicamente sexual es tardío y que durante una fase variable, pero bastante larga, la ocupación con los temas que conciernen al otro sexo **no es primariamente sexual?**»

Es necesario encontrar respuesta a la primera pregunta y esta puede ser terminante. El despertar de los impulsos





sexuales en la mujer no es tardío; no lo es ni más ni menos que en el hombre porque su precocidad o retraso consisten en la organización y desarrollo del aparato genital de cada uno. Lo que pasa es que los impulsos sexuales —digamos más exactamente los movimientos o excitaciones— en el hombre son visibles desde el primer día de su vida y en la mujer son interiores, improbables o inexplicables para ella misma, a veces. De esto ha hablado hasta la saciedad Simone de Beauvoir y lo ha explicado con pelos y señales. Tal vez su detallada explicación ha desvalorizado la parte incontrolable, imprecisable que es la que ha dado lugar —porque de un lugar se trata— al **misterio de la mujer**. Podríamos decir que el misterio en ella **se agazapa**, determinando su «estructura empírica». Este término, concienzudamente elaborado, en el que Mariás confiesa haber invertido «un par de decenios de elaboración, hasta darle expresión madura en 1970, en mi libro **Antropología metafísica**

sica, cuyo subtítulo es "La estructura empírica de la vida humana"...». Este concepto es demasiado rico y profundo para dejarlo —diría Ortega— a la intemperie, y Mariás lo deja —al menos en este libro—. El despertar de los impulsos sexuales en la mujer es sumamente precoz, muy anterior a la pubertad. Lo que pasa es que nadie puede comprobarlo... Es algo estúpido —porque obliga a andar por las ramas— estudiar este tema en ensayos más o menos literarios, en revistas al alcance de todos los mortales —no por temor de que caigan en manos de los niños, no; eso tendría poca importancia: por temor, por terror a que caigan en manos de los **analfabetos letrados**, en manos de la industria que los hace circular a buen precio por entre la multitud que quiere ser informada—. Me extraña que las mujeres que hoy tienen suficientes conocimientos científicos no se detengan a poner los puntos sobre las íes en este tema y recuerdo que una de ellas —de las más sobradas de

conocimientos y de inteligencia— me dijo un día, comentando los detalles anatómicos que Simone de Beauvoir describe primorosamente, ¿por qué Freud no habrá hablado nunca de ese órgano?, y yo, que entiendo a Freud lo suficiente para contestar en su nombre, dije: porque él no lo tenía... Con esto quise decir que la obra de Freud es el producto de la experiencia vivida, padecida, transformada o estructurada en sus excavaciones hacia el misterio. Bueno, yendo al grano, el hecho real que sirve para contestar la segunda fase de la pregunta, la que inquiere si «la ocupación de la mujer con los temas que conciernen al otro sexo no es primariamente sexual». Los temas que conciernen al otro sexo no aparecen en la mente de la mujer hasta que ya tiene **una idea** de lo que constituye el otro sexo. Digo una idea y Mariás dice, acertadamente, la **ocupación**, porque se trata de esa edad en que las chicas empiezan a preocuparse por los chicos. La preocupación no siempre es sexual, el movi-

miento o excitación lo es, aun cuando no haya preocupación. Marías añade: «Es, por supuesto, **sexuada**, imaginativa, **erótica**, muchas cosas antes que ser estricta, directamente sexual». Eso es, así es el asunto, pero hay dos palabras que hace falta poner en claro. En primer lugar, el término **sexuada**, término que Marías ha confeccionado con amor, a mí me parece que no añade nada a su definición de **estructura empírica**. Yo creo que en esto ya queda suficientemente dicho lo que es una estructura fundada empíricamente contando con el propio sexo. Claro que, puesto que el hombre es también **sexuado**, notamos consecuentemente las diferencias de esas dos estructuras. Pero hay otra palabra que no basta con subrayar, la palabra **erótica**, que hoy anda por los suelos. Esta palabra, adjetivo que se puede usar en masculino o femenino, conviene verla en neutro, en abstracto—concretamente universal—, lo erótico no es sexuado. Lo que es el individuo que lo experimenta y que procederá en forma sexuada, esto es, según su sexo. Pero ello, el movimiento erótico, que es el mismo hacia toda cosa o ser amado—esto es, lo que nadie quiere admitirle a Freud, aunque es su hallazgo más puro y más elevado—, hartó está demostrado por santos poetas—es el mismo hacia Dios—, unión, con esto basta.

Y evidentemente es el mismo que se manifiesta en el niño recién nacido... La lástima es que a Freud sólo habría podido entenderle san Agustín, que tenía la misma visión del amor hasta la verdad, pero se le anticipó demasiado... Así pues, nadie ha entendido a Freud; Marías, con el suficiente reconocimiento de su talento, no le entiende ni pío... pero cualquier mujer del pue-



blo—y ahora hablo de las que **son de pueblo**— le entiende perfectamente. Las mujeres que formaron empíricamente una idea de la relación—repetida quién sabe cuántas veces— de sus hijos con sus tetas... El folklore español está lleno de dichos que lo atestiguan. Y sin llegar al folklore ya antologizado, todo el mundo ha bisto alguna vez un nacimiento—con nieve o sin ella—en el que la comadrona, al dar al niño su primer baño, grita: «¡Mirad este sinvergüenza!, no hace veinticuatro horas que ha nacido y ya está armaro»... Esto es lo que dice una comadrona, pero los que

tenemos otra idea de la vergüenza exclamamos: ¡Mira qué maravilla!, qué cosa encantadora, sublime más bien. Este grumo de vida ya viene armado de eros, desde su entrada en el mundo; probablemente desde el comienzo de su vida intrauterina, desde el momento en que ingresó en el SER... Esto es lo que tiene que decir el que entienda...

Bueno, me doy cuenta de que no sé hacer el resumen de este libro—es cosa que nunca supe hacer—. Me detengo sobre lo que para mí se destaca vitalmente, sobre lo que me es conocido desde siempre porque coincide con todo lo que he

pensado con más empeño... Si Marías trabajó veintitantos años en ese brillante hallazgo, «La estructura empírica de la vida humana», yo inicié una investigación semejante —no parecida, sino semejante en sustancia— hace cincuenta años exactamente. En 1931 publiqué en la «Revista de Occidente» un ensayo sobre los «**Problemas actuales y prácticos del amor**». Mi propósito era poner en claro los efectos de la experiencia en nuestra sociedad tan secularmente mal experimentada. El ensayo era muy incompleto y no tuve fuerzas —ni confianza en mí misma— para ampliarlo. Luego, becada en Nueva York, amontoné sobre él más de doscientas páginas —que estuve a punto de echar al fuego— y más tarde, en Río, lo pasé por la criba y lo traje a España, donde salió a la luz en 1972, con un título algo cabalístico, **Saturnal**, pero pronto se sumió en los sótanos de las librerías... Si ahora lo cito es porque resulta significativo el hecho de que aquí, en nuestro pueblo, hace cincuenta años, se intentase hablar a fondo de cosas que —antes— no habían circulado por la superficie. Sacarlas a la luz podía parecer insólito, pero hace cincuenta años lo que salí en las páginas de la Revista era lo que tenía cuerda para seguir avanzando... Avances, retrocesos, repeticiones, resurrecciones... Bueno, hablemos del presente.

Insisto en censurar una de las más prestigiosas virtudes del libro: la tolerancia. Marías no acusa a la mujer de su incompreensión del pasado —no digo de la historia porque no se trata de cómo lo ve en los libros, sino de cómo sigue viviendo con las reminiscencias de un pasado que fue forzoso por natural y cuyas huellas no se borran fácilmente con el mero rechazo, en forma de re-

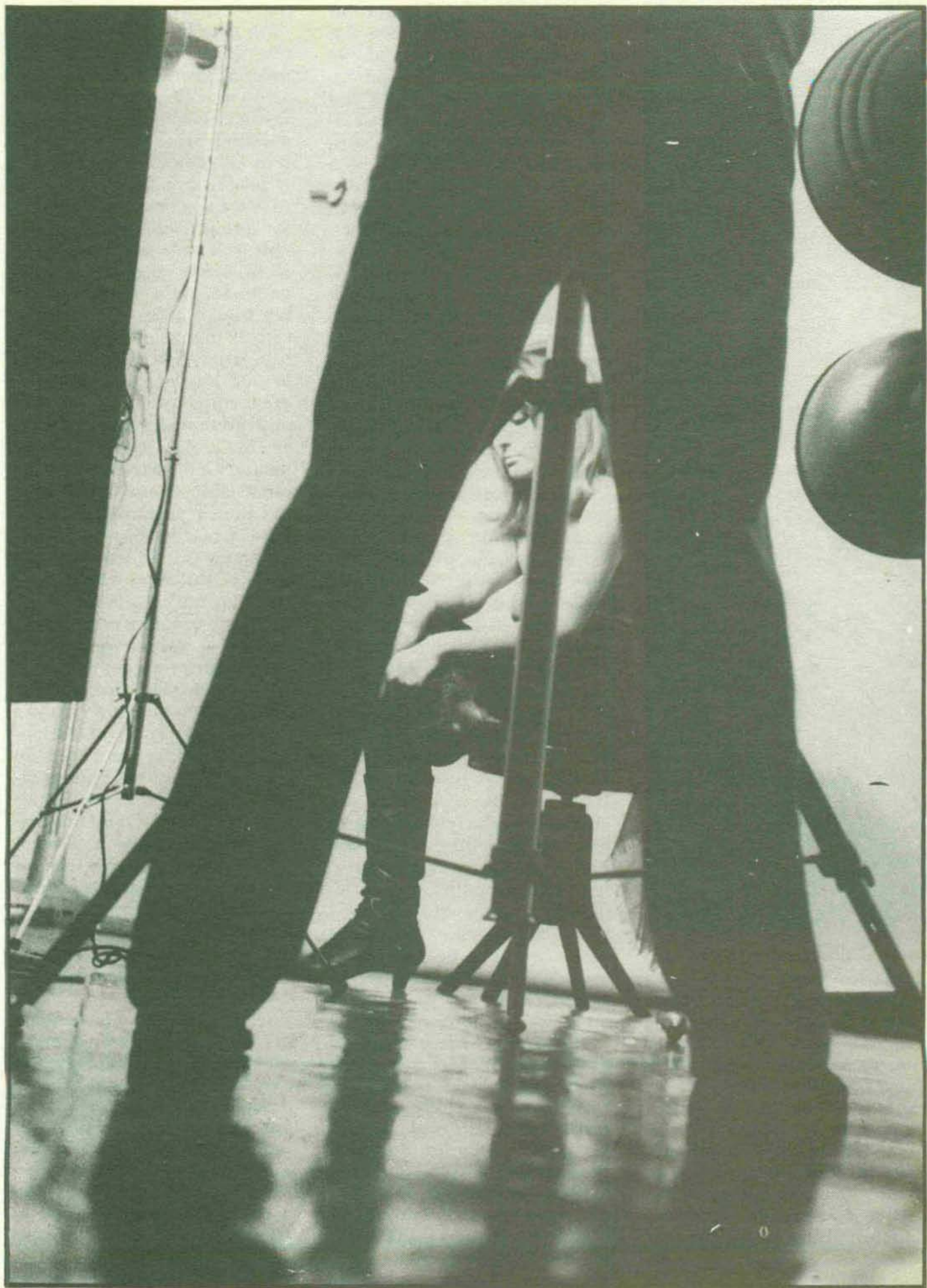
belión—. Yo hablé... bueno, en un desierto medianamente poblado, sobre «la mujer en galeras», equiparando su sino al de los que vivieron —o medio murieron— al remo, en los tiempos en que el remo era lo único que hacía andar a las naves, cuando no soplabla el viento y los hombres querían seguir navegando... Tanto navegaron que acabaron haciendo navegar a las mujeres —y a los remeros!—. Esta es la cosa, esta es la consecuencia de sus navegaciones, de las de ellos, los navegantes...

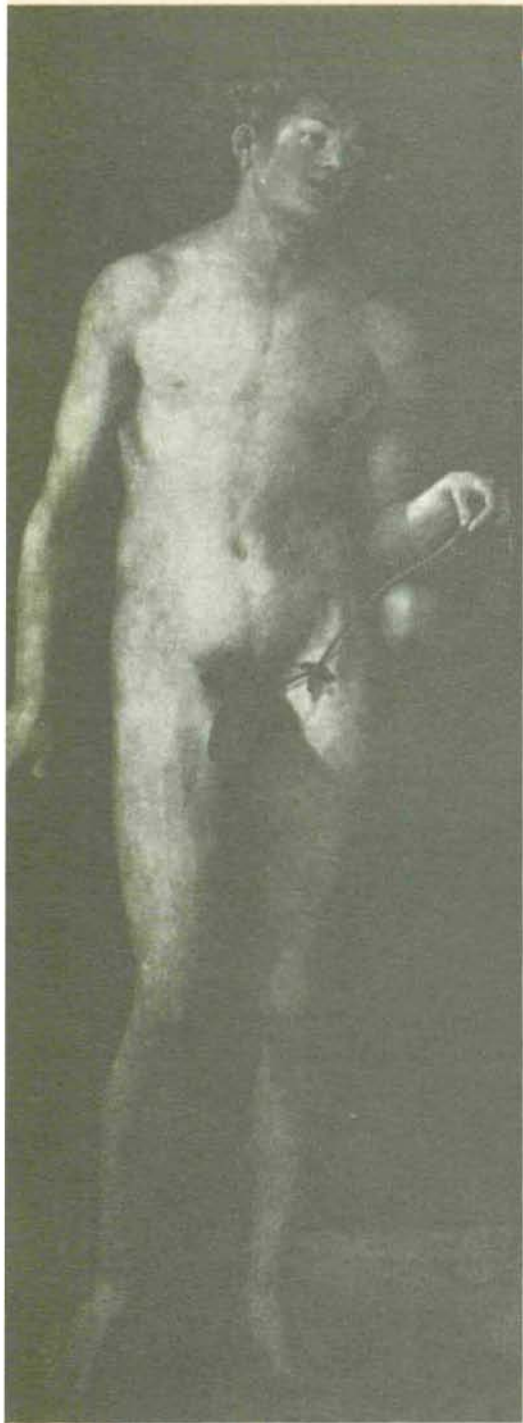
El papel de las mujeres en la historia está perfectamente expuesto en el libro; los sucesivos cambios, los numerosos valores y encantos que la mujer ha desarrollado en los siglos... Sí, todo eso se ve transcurrir en sus páginas, pero una nota detonante, contundente, uno de esos rasgos que siempre equiparó al acto de Josué parando al sol, porque son puntos en que la historia tiene una culminación momentánea, deja escapar —de sí misma— un destello, cegador pero munificente, de luz... Uno de esos golpes es el que señala el cambio biológico y sostiene, afirma, ratifica que nada ha cambiado en lo biológico... Eso es, aquí se para el sol a escuchar lo que parece retruécano... «Pero resulta que ese cambio biológico no es biológico». Las 236 páginas del libro no tienen el esplendor de esta línea y lo grave es que no están —como sería deseable que estuviesen— supeditadas a ella... Tal vez el autor presume que lo están; ciertamente, no la contradicen, parece ser que cuentan con ella, pero no la traducen, no desentrañan su aparente, misterioso y poderoso absurdo con una explicación conductora, no ponen el tema, motivo o sujeto del intríngulis a una luz racional, bien graduada para la visión de los que están

en las primeras letras de nuestro presente.

Donde más se echa de menos la explicación sistemática y exhaustiva es en las páginas en que Marías formula una de sus más sinceras aprensiones, la de la disociación entre la procreación y la sexualidad. Ya he dicho antes que ese hecho no tiene nada de nuevo más que su manifestación admitida. Bien es sabido que todo lo que —secularmente— se calificó de irregular, ilícito o inmoral en las relaciones de los sexos no es más que esa real disociación: el hombre —y la mujer, no es dudoso— vivieron, practicaron, exaltaron, idealizaron el sexo —y aquí hace falta deslindar otras dos categorías, la **necesidad** y el **deseo**: lo dejo para más tarde porque la importancia de sus diferencias es inmensa, independientemente de la procreación—. Podría dilatarme en las **ráfagas** —dije antes— en que se encastillaba el eros en la torre del alma —platonismo y sus reminiscencias medievales—, pero si queremos decir algo inteligible en nuestro lenguaje actual conviene señalar la singularidad de nuestro presente, algo enteramente único que jamás existió antes de ahora.

Por formularlo, para empezar, de un modo sencillo, podemos decir que lo que nunca existió antes de ahora es el reconocimiento del derecho que tiene la mujer a su realización sexual. Conviene, para mantener el tema en su órbita **biológica** y **no biológica**, relegar el concepto de **derecho** al mero grado de consecuencia lógica. Es el conocimiento científico, y no sólo el del psiquiatra, sino el del endocrinólogo, el panorama que hoy se hace el médico —el más común de los médicos— del organismo femenino, el que determina que no puede funcionar una máquina manteniendo detenida





una rueda. Y aparece en seguida lo que se achaca a las restricciones morales, religiosas, etc... El asunto no es cuestión de saltar restricciones, sino de saber que la función del sexo es tan importante en el organismo de la mujer como en el del hombre... Ahora vuelve a aparecer la necesidad de deslindar lo que es igual y lo que es diferente. Repito que **es visible** la necesidad imperiosa de la función sexual en el hombre... ¿Es igual en la mujer?... No, no es

igual, pero es **igualmente importante** en su vida física. Podríamos decir, incluso, que es más importante porque en ella el impulso se repite con sus consabidos ciclos, que exigen ser realizados, colmados, por la fecundación y pueden seguir siendo frustrados durante toda una vida... También habla Marías de la incitación —invitación, digamos— que ante el varón ejecuta la mujer y eso lo considera ¡acción!... Sí, claro, es lo que hace el que no puede hacer otra cosa. Por eso de no poder es por lo que la sabia naturaleza la ha dotado de tantos encantos... Pero yo creo que para entender el drama que vivimos no sirve de nada apelar a los encantos de la mujer civilizada... Cambiantes, triunfalmente cambiantes, esa es su gracia, pero deleznales como base para edificar cosas sólidas, pesadas y firmes como tienen que ser las que exigen las dramáticas conjunciones en que lo **no biológico** se apodera —en violenta posesión copulativa— de la carne mortal, a la que no le queda más gloria que la de seguir pariendo formas inéditas.

Esto nos lleva a tener en cuenta el hecho real de las profesiones femeninas, que tan bien expuesto está en ese libro histórico. La mujer sigue añadiendo a su estructura nuevos miembros —no brotados como la nueva pata del cangrejo, sino ampliados o potenciados por su nueva realidad empírica—. Claro está que si el futuro que se le ofrece —el que se nos ofrece a todos— le es benigno, le es respirable, habitable, es seguro que su prole —la nueva mujer o mujer nueva— tendrá una sorprendente eclosión. Sorprendete es cada brote de la planta que esperamos ver brotar, sabiendo sin lugar a duda la ley botánica a que pertenece... hablando en plata, sabiendo

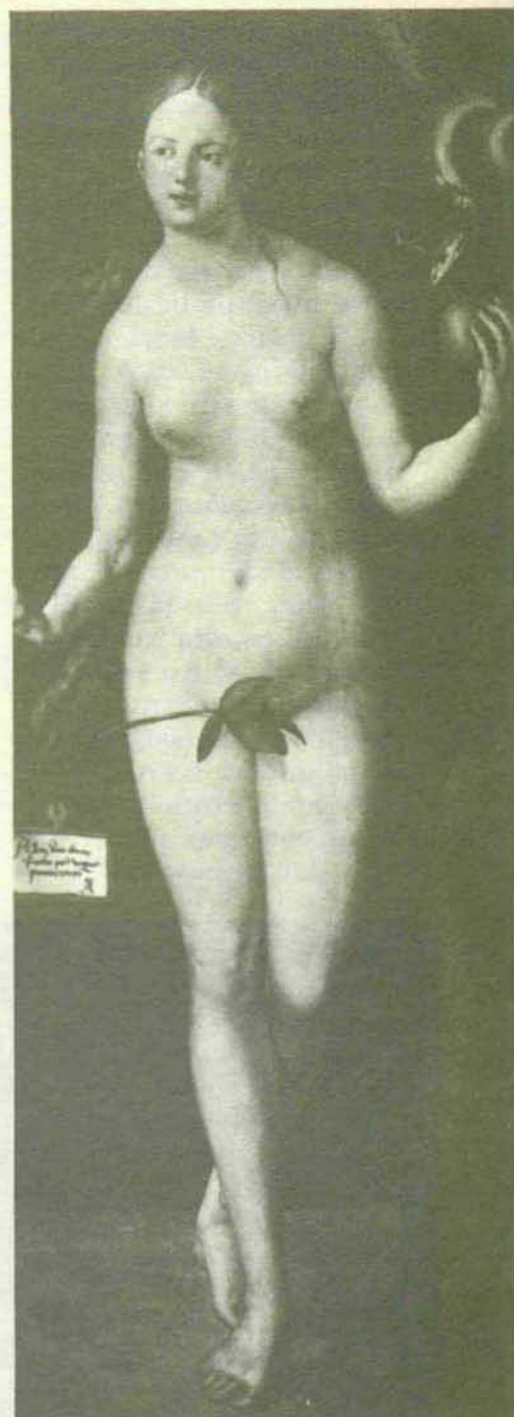
que el olmo no dará peras... ni **falta que hace**. Lo seguro es que dará peras el que tiene que darlas... Y aquí se presenta una de las cosas más nefastas respecto a los vaticinios galantes y estimulantes que se han ofrecido a la mujer —desde hace ya un buen rato— y que consisten en anhelar que proceda en su avance cultural —en su producción, en su obra, digamos— cargando la mano en su **exquisita feminidad**... En mi opinión, esto es lo más ofensivo que se dijo jamás a la mujer. Esto es lo que hay que calificar con ese término que tanto he ridiculizado por su falsedad: esto es **MARGINARLA**... Me he hartado de sermonearlas demostrándoles que la mujer no fue nunca marginada. Sufrir **ciertas** restricciones no es estar al margen de una totalidad social, cultural, religiosa, etc... La mujer que no se alimenta de todos los filósofos, de todos los sabios que en el mundo han sido —con humildad y adhesión discipular— no tiene derecho a la vida —a la vida intelectual, se entiende—. La mujer que trate de cultivar en su obra su **exquisita feminidad** es un ser impotente y más exactamente, necio... Oí decir a una pintora muy inteligente, respecto a una de esas deliciosas criaturas, «¡Oh, qué afeminada!»..., poniendo en el calificativo todo el menosprecio que pondría si se tratase de un varón barbado.

Vuelvo al tema que destaco del libro de Marías por creer que es el verdaderamente axial. Y no puedo menos de deplorar que, al destacarlo, abandono otros puntos sumamente vitales: la relación que existe entre la transformación de la belleza femenina —su masculinización o desexualización— con el proceso de la —¿me atrevo a decir **DESHUMANIZACION** de las

artes?; sí, tengo que decirlo porque se cae de su peso. Pero este tema que a mí personalmente me es tan próximo, no se puede exponer en dos palabras y, además, en éste mis objeciones serían innumerables. Señalaré, de paso, que uno de los temas más acertadamente expuestos es el de los años, el de la nueva actitud, comprensión y aceptación de las edades, de las sucesivas edades. Uno de los postulados al que es muy difícil hacer objeciones, por lo mucho que tiene de cierto —pero no todo—, es el que expone muy al principio cuando formula las preguntas sobre **lo que es** la mujer ahora, en esta época en que vivimos. Dice: «Pero esta cuestión de la mujer, esta pregunta de la mujer no es exclusiva de ella, porque **el hombre está referido a la mujer**, en eso consiste ser hombre, lo mismo que ser mujer consiste en estar referida al varón. La crisis en que la mujer se encuentra respecto a su propia condición envuelve inmediatamente al hombre». Aquí parece que se postula esto: **están referidos mutuamente el uno al otro**. Exacto, nada se puede objetar, sólo queda una cierta duda sobre lo de «en eso **consiste**»... Claro que eso de ser sexuados es una nota de su consistencia, pero si apoyamos especialmente en ella su consistir, se produce otro de esos fenómenos que parecen retruécanos. El estar referidos el uno al otro supone una armonía o correspondencia perfecta, y no es discutible que biológicamente así fueron, son y serán. Respecto a lo **no biológico**, cambian mucho los efectos. La acentuación de sus modos de ser sexuados puede crear una diferencia, una competencia, un motivo —y casi razón— de pugna, de la más degradante forma de la rebeldía, resentimiento. Sólo si las mujeres aceptasen... No, esto no se

puede formular así: hay que decir: Sólo cuando las mujeres aceptaban íntegramente la cultura creada por los hombres... o, más bien, cuando las mujeres vivían sometidas a la cultura creada por el hombre, tanto como el hombre mismo —pues es estúpido creer que el hombre no vivió sometido a la cultura— lo no biológico mandaba sobre las diferencias de los dos: lo no biológico regía y armonizaba lo distinto, basando siempre el eje de la moral en una supuesta igualdad, no discutida en lo grave, en lo gravísimo —inevitable recurrir al Decálogo, pues a esto fue referida toda la ley que hemos vivido—. Solamente cuando la mujer acababa íntegramente la cultura sabía lo que era y lo que debía ser mujer... Ahora bien, ¿por qué caminos o conductos ha llegado la mujer a querer, comprender, necesitar ser de otro modo?... Creo que indiscutiblemente por los caminos trazados por el hombre hacia su libertad —la del hombre— porque en esto, que podemos considerar el pináculo de lo **no biológico**, son y **deben ser** idénticos, sabiendo que en su sumisión, acatamiento o simplemente **sentido** del orden —de **un orden**— consiste el ámbito o mundo de lo **no biológico**.

La disociación entre la sexualidad y la generación, que tanto alarma a Marias, es mucho menos temible que la disociación entre la mente, la pretensión o tendencia creativa del hombre y la mujer. Porque ¿a qué llamamos tendencia creativa? No, por mi parte, a productos literarios —prosa o verso— que naturalmente traen noticia de lo biográfico, tan importante y tan fatalmente personal, sino a la visión del mundo, a la que no se puede acercar el hombre —ni la mujer— sin adhesión: a la ciencia, a la filosofía, a la



religión que está en la base de las dos, y cuyos avatares son unánimes... Toda diversificación entre los productos —¿mentales, intelectuales, creacionales?— de los dos sexos relega a la mujer a una zona paupérrima... ¿Por qué? dirán... Porque el hombre sólo puede enriquecerse paulatinamente si lleva consigo su milenario capital. Así, pues, la mujer, si no endosa la misma carga, tiene que empezar **ahora**... tiene que estructurarse sobre una experiencia de...

¿despego, desamor, rebel-
día?... En una palabra, de re-
sentimiento.

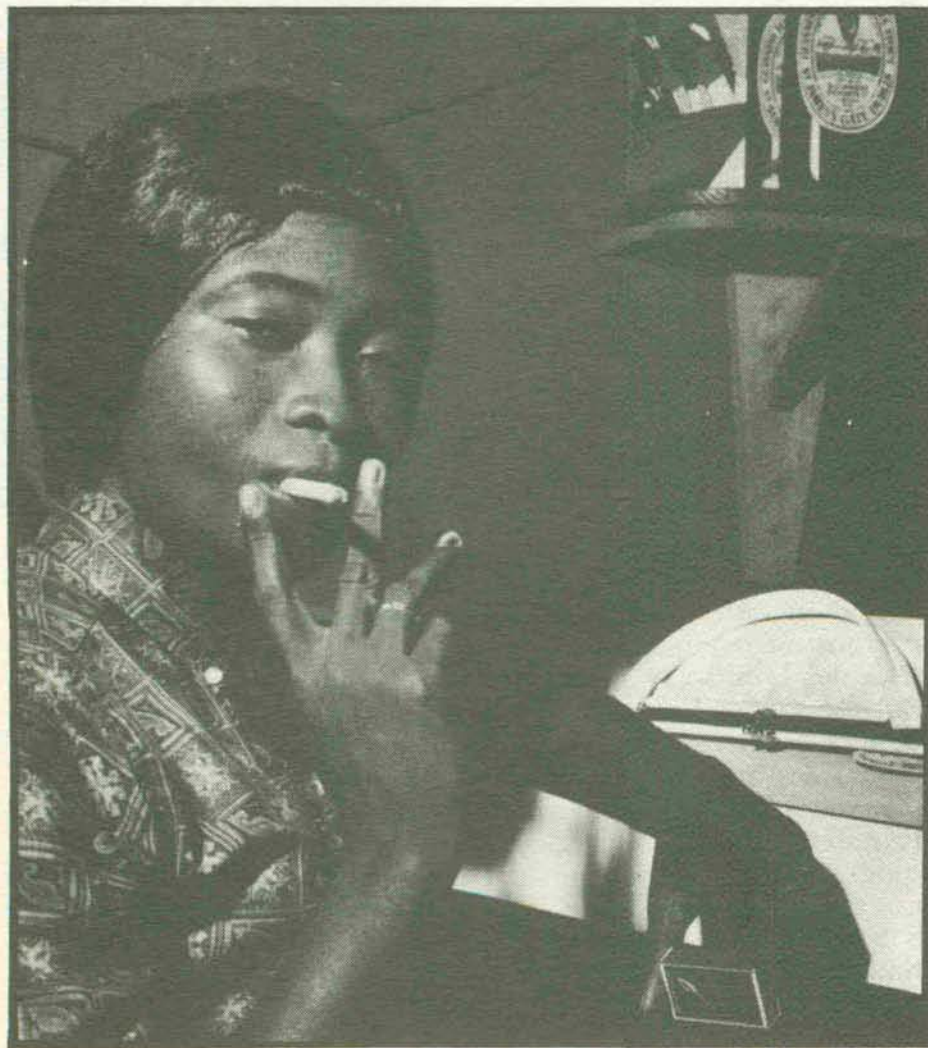
La disociación entre la sexua-
lidad y la generación, por el
contrario, puede ser base de
concordia entre los sexos.
Aquí choco con uno de los pos-
tulados más difíciles de rebatir
en el libro de Mariás, el de
la amistad intersexual... En el
libro que comento aparece se-
ñalada la tácita correspon-
dencia que existe en ella como
relación sexuada... No puedo
negar que esa ambigua rela-
ción existió siempre. Siempre
quiere decir en todas las épo-
cas, pero si en ésta parece que
se rechaza lo que en ella hay
de seducción, encanto, grato
comercio, que es **casi, casi** erótico
—siguiendo a Freud diría
simplemente erótico, pero le
añado el **casi, casi** que, no hay
que olvidar, respecto al eros es

una blasfemia o una falta de
ortografía metafísica—, la
amistad intersexual hoy día
pierde el encanto que formó
en otros tiempos todo un
clima social, y lo pierde por la
ansiada depuración y autenti-
ficación de la amistad. Así
como la disociación de la se-
xualidad y la procreación
busca la decidida autentifica-
ción del amor.

¿Cómo abarcar este tema co-
losal, universal, esencial hu-
mano en un número de pági-
nas tolerable?... Me reduciré a
indicar los desastres, críme-
nes y suicidios que ha causado
en la historia el furor sexual,
dividido en las dos categorías,
necesidad y **deseo**, considera-
das oficialmente como amor...
Sin recurrir a lo dramático
—público— los matrimonios
desastrosos, deshechos—si no
por fuera, por dentro— que se

basaron en una pasajera
atracción que sólo se podía
realizar mediante el vínculo
indisoluble... ¿Que las rela-
ciones prematrimoniales no
garantizan nada?... Evidente,
porque con legalización o sin
ella, es difícil llegar a decir—a
decirse a sí mismo el indivi-
duo—, lo que creíamos amor
no era amor, y el otro motor
que nos impulsaba ha dejado
de funcionar. (No puedo me-
nos de señalar que, de todos
nuestros **grandes**, aunque pa-
rezca raro, el **único** que dijo
sobre esto algo perfecto, total,
irrebatible fue Unamuno.)
También la disociación ayuda
a deslindar las dos categorías
que subrayé. **Necesidad** es
cosa de orden biológico, tan
evidente en un sexo como en
otro, sin más diferencia que
las de sus manifestaciones os-
tensibles y sin más importan-
cia que la exigencia que cada
organismo acuse, dadas sus
peculiares condiciones físicas.
Deseo, por el contrario, no es
forzoso ni atañe al organismo
de ninguno en especial. Es un
movimiento —cuando es lo
que designamos con la pala-
bra **deseo**— estrictamente
personal. Si lo disociamos de
la **necesidad**, queda todavía
por delatar lo que es mero
empeño de obtener lo apete-
cido —la necesidad se mani-
fiesta en forma de apetito—,
pero el **deseo** propiamente di-
cho es movimiento de la per-
sona ante la persona. Es lo que
destaca de lo biológico, lo que
por sus dimensiones no bioló-
gicas podemos llamar amor.
(Sobre esto podría citar otro
gran ejemplo aclarador de
Thomas Mann, en su *Doktor
Faustus*.)

Es evidente que en un libro
tan correcto —palabra que, en
mi léxico, tiene enorme va-
lor— se podría señalar y elo-
giar muchas cosas: yo, emba-
razando mi intolerancia y en
nombre de mi entrañable
amistad con el autor, me



pongo a reprocharle que, después de una página extraordinaria, en la que muestra hamletianamente, «ésta es la cuestión»... no se detiene, no se dedica, no se consagra, como era su deber —el deber contraído con su propia idea— a analizar el cómo y el porqué del genial retruécano... «Pero resulta que ese cambio biológico no es biológico»... Claro que explica muy bien que fue lo que en el hombre hay de no biológico lo que incidió sobre la vida física. Enumera todo lo conocido e indiscutible: lo social, lo psicológico, lo religioso, etc. Pero cuándo, cómo y por qué el hecho aconteció... No, el lector se queda añorando la revelación que esperaba.

Como Marías estima sobremanera lo biográfico, le será fácil reconocer que este libro es un efecto de su vida viajera, que le da una determinada idea de la mujer en el siglo XX. La idea es bastante real y hace pensar en el desconcierto del hombre que tiene que habérselas con la mujer que no sabe qué es ser mujer, que «no sabe a qué atenerse»... Y, sin embargo, ese no saber puede ser un «trait d'union» o un lugar de reunión, para ellos, ante tales «campos de soledad»... Aquí surge la cuestión de la proximidad, de la amistad, de tantas otras cosas... Marías pone en claro, al señalar las vigencias que dieron su tono a nuestra cultura, sociedad e historia y argumenta: «Por otra parte había una sólida vigencia de los principios **morales** del cristianismo. A veces sin fe viva; es decir, que no se entendían y vivían **religiosamente**, no se interpretaban dando una perspectiva estrictamente religiosa, sino más bien moral. No era, sin embargo, como a veces se insinúa o afirma, mero asunto de conveniencia o una hipocresía.

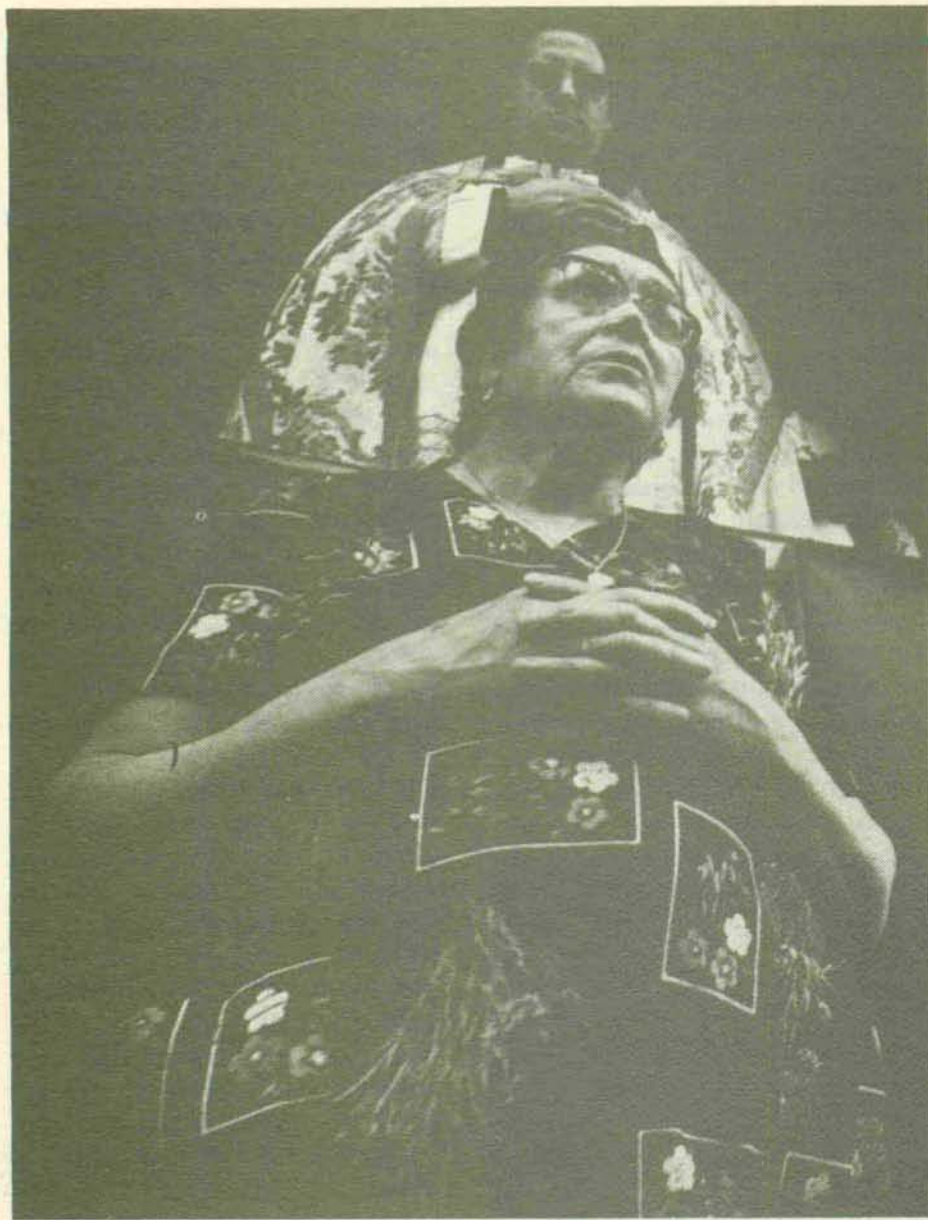
Esto podía darse en casos individuales, pero no era la regla. (...) Conviene proceder con cuidado y no dar por supuesto —como ahora suele hacerse— que se trataba de una hipocresía, una superchería o un negocio»... Creerlo así fue una coqueluche que ya pasó, sin dejar huellas. Quiero decir sin imponerse como un descubrimiento fructífero. Si lo hubiera sido, si de un capirotozo hubiera tirado por los suelos las viejas vigencias... no tendríamos crisis, sabríamos a qué atenernos... Y Marías detecta la crisis a la perfección, la comprueba, la deplora, se esfuerza en pregonarla y en afirmar que lo más erróneo y funesto es negar su complejidad, pero no se arriesga a entrar en su cuarto oscuro. En parte por un temor que no



puedo menos de considerar piadoso, quiero decir que es un temor magnánimo —si esto puede ser—, muy poco temor por sí mismo y mucho por... ¿quién puede saberlo?... Pero dije, en parte, y la otra parte ésta sí es personalísima: es por ciertas querencias intelectuales y vitales, que fueron —desde que él es— su clima biográfico.

Hay en las páginas 30 y 40 largos párrafos que producirán reacciones muy diversas entre las mujeres, porque en ellos se

hace patente el profundo sentido de justicia, que no admite controversia. Pero si nadie puede negar la injusticia del diferente criterio mantenido respecto a la conducta sexual del hombre y la mujer, la interpretación del hecho en la Historia —en la de nuestra cultura y, con pequeñas diferencias, en todas aquellas que llegaron a merecer tal título, la interpretación del hecho, me asombra que nuestro admirado autor **signa** designándola con el calificativo de **social**. He subrayado **signa** porque los cambios sociales que atravesamos han demostrado suficientemente que no es esa su condición. Marías sostiene que no es la Iglesia la causante de esa injusticia y lo demuestra bastante bien, afirmando que «no hay ningún texto religioso en que se marque esa distinción». Y supone que tal vez los confesores hayan tenido una práctica diferente con los hombres de la adjudicada a las mujeres. «La Iglesia como tal, no. La sociedad, por supuesto, sí, ha tenido una actitud de manifiesta injusticia en contra de las mujeres». Y añade: «Quizá no enteramente infundada, quiero decir **socialmente** infundada. Personalmente y religiosamente infundada, pero tal vez con alguna justificación **social**». **Social** subrayado en el texto, cosa que me asombra tanto que empiezo a no saber qué quiere decir **social**. El hecho injustamente tratado desde de el comienzo de los siglos, yo creo que se le puede considerar primera piedra de toda **sociedad**: primera y principal porque una sociedad se funda empíricamente sobre costumbres. Las leyes imponen orden sobre los hechos que se impusieron por sí mismos y que dieron buenos o malos resultados que convenía legislar. Repito que no hablo —ni nunca hablé ni hablaré ja-



más— de primitivos porque los considero objetos de museo, pero hablo del hecho, si no primitivo, primario, que sigue sobre la faz de la Tierra produciéndose. Nuestra crisis actual afecta al tronco de nuestra vida; el ramaje biográfico se bifurca en categorías como familia, matrimonio, etc., y a todas las ramas les afecta igualmente el hecho en cuestión. A la sociedad, no: a la sociedad natural —incluso extranatural— de hombre y mujer le incumbe la preservación de la especie. Si esa unión pre-social —antisocial a veces— no puede dejar de ser asociación puesto que un *mínimum* de connivencias tiene que haber entre los **asociados**, es evi-

dente que la honestidad respecto al capital común es la primera base. Esto es lo que legisló el hombre desde el principio de los siglos, por la sencilla razón de que en cuanto a fidelidad en la administración era el hombre el que se encontraba en inferioridad de situación, el hombre es el que podía ser estafado; la mujer, no. Y repito que hablo de lo primario permanente, sin tener en cuenta conveniencias **sociales**, ni siquiera **morales** porque hay otras categorías mucho más vitales. El fraude que comete la mujer trayendo al hombre un hijo ajeno es grave, es una gravísima traición, pero la traición que comete la mujer con el

hijo que es introducido en un *orden de afectos, de culpas, virtudes, carencias, etc...* falso, ajeno a su verdadero ser, inauténtico desde el primer día de su vida... Creo que la genética actual no negará lo pavoroso de esta «*contrefacon*».

Me gustaría saber qué dicen de esto las mujeres. Si no son capaces de ver claro como la luz del día lo justo de esa injusticia... no tienen derecho a usar de sus derechos. Porque el hecho de que ahora **tienen que usarlo** es tan patente que las modificaciones que Marías propone para nivelar la justicia resultan más bien ingenuas. Se pregunta: «¿No hubiese tenido más sentido extender al hombre cierto tipo de exigencias que se han considerado tradicionalmente obligadas para la mujer?»... Las mismas —en cantidad y en calidad— no tendrían sentido ni serían posibles. Seguidamente aborda la cuestión como si fuese a llegar al fondo. «Creo que la exigencia de disciplina, de ascetismo, de selección, que ha impuesto una norma de castidad es la condición de la civilización y de la personalización de la vida humana, de la hominización afectiva del hombre, que ha costado mucho esfuerzo a la humanidad». Esto, que nadie podría negar, si hubiera sido como aquí está planteado, es lo que atañe directamente a la injusticia sufrida por la mujer. La mujer nunca sufrió una exigencia de disciplina y selección: su régimen fue la **abstención** y la aceptación ¿de?... de lo más fortuitamente indeseable... Marías rechaza el modo en que los hechos han fraguado: dice: «**Pero —por causas que sería apasionante averiguar—** las cosas han ido por ahí». El subrayado es mío porque creo que todo lo que no sea **averiguar esas causas** es perder el tiempo. La burda,

apresurada y precaria solución que el vulgo —y muy especialmente el vulgo intelectual— pone en práctica, sin condiciones para averiguar nada y hartas facultades para demostrar todo, algún día —sin tardar tanto como la hominización— se asentará y las diversas categorías hoy revueltas ocuparán su puesto por virtud de su verdad, de su verdad práctica, empírica, real. Por ejemplo, el término **castidad** quedará en la zona que le es adecuada de regularidad y medida: desertará radicalmente de su filiación espiritual, nula si no es más que estrictamente **sacrificio**, esto es, **promesa**: en el individuo que no se ha ofrecido en esa forma carece de todo valor. ¿Podemos detenernos un momento en demostraciones?... Los curas hoy quieren casarse... ¿esto indica su corrupción o materialización?... No, nada de eso: esto demuestra que han llegado a la convicción del escaso valor espiritual de la castidad. Si su vida —hoy, repito— les obliga a una mundanidad mucho más arrasadora de todo sacrificio —dinero, comodidades materiales, tráfigo urbano—, la abstinencia que altera su organismo, que puede ejercer graves presiones en su ánimo y enturbiar su juicio sobre las vidas ajenas es cien veces preferible tacharla en definitiva. Y lo que considero demostración es que esto —hoy día— se puede formular, se puede hablar de ello en público y llevarlo ante los altos jueces de la Iglesia. Sería del más burdo anticlericalismo creer que ahora la Iglesia tiene manga ancha... «No es eso, no es eso»... esto es lo que se puede asegurar. Y no es que yo rompa una lanza por los curitas que quieren mujer: no, no me atrevería a romperla si creyese que mi opinión pudiera servir de algo porque

creo que si lograsen sus ambiciones, los intereses familiares, **sociales** —ahora sí que hay que decir **sociales**— podrían pesár sobre sus alas despiadadamente.

En fin, a este amistoso ataque al libro espléndido de Mariás me da —no digo derecho porque no me gusta la palabra—, me dan motivo mis incalculables años, suficientes para hablarle maternalmente, pero dado mi carácter ¡que él tan bien ha inmortalizado en un prólogo! y mi proverbial intolerancia, prefiero sermonearle como abuela gruñona y no porque crea que el libro no es bastante bueno, sino porque creo que podía y debía ser mejor. ¿Por qué lo creo?... porque en el libro mismo está demos-

trado, en su fondo —en unos cuantos párrafos está escondido, aunque bien expuesto, ¡este es el «calambour»!— el golpe certero e incontrovertible, pletórico, rebosante de «**causas que sería apasionante averiguar**»... y no ha perdido el sueño en averiguarlas. Vuelvo a pensar en el biográfico. Si Mariás, en vez de su revoloteo transoceánico y tramontano, hubiera ocupado desde hace años el lugar que le correspondía en la universidad española, si hubiera **vido** la crisis con nuestros estudiantes, tal vez sería más intolerante, tal vez más injusto, tal vez más analítico... censurar es, a veces, un modo de aplaudir, de animar, de incitar... ■ R. Ch.

